

DOS MANERAS DE ERUDICION

Por *LUIS ARAUJO COSTA*

EXISTEN dos clases de escritores y de conversadores eruditos: los que poseen realmente erudición y los que procuran pasar por hombres ilustrados y esmaltan sus escritos, sus discursos, sus conferencias, sus conversaciones con citas más o menos oportunas.

Hay en las letras —todo el mundo lo sabe— erudición de primera mano y de segunda. Aquélla es útil; ésta, no, por lo menos cuando no se maneja con arte. Es más: en el día no somos tan incautos que nos traguemos como erudición de primera mano la que a todas luces se ve que está tomada de las enciclopedias más conocidas, de los libros que andan en las manos de todo el que acostumbra a leer y a enterarse de las modas intelectuales y literarias que se llevan por el mundo.

Modelos de erudito de primera mano son, entre otros, Sainte Beuve, en Francia, y Menéndez y Pelayo, en España. Falsos eruditos, que quieren pasar a todo trance por hombres de copiosa lectura, hay y hubo muchos en todos los tiempos y en todos los países. Leyendo con un poco de calma se conoce a la legua la erudición de primera mano de aquella otra que se adquiere en los diccionarios y en los tratados especiales para el momento que se desee únicamente. Chateaubriand y Víctor Hugo, no obstante su genio

y su categoría indiscutible de escritores de primera magnitud, son eruditos de segunda mano, tienen el prurito de la erudición, y el autor de *El genio del Cristianismo* sobre todo, no acierta a escribir una página sin que vaya repleta de citas. Recuerdo que en su *Ensayo sobre la literatura inglesa*, y al hablar de Shakespeare, dice, sobre poco más o menos: «¿Queréis saber lo que ocurría en Europa cuando apareció el genio de Shakespeare en la literatura inglesa...?»; y a renglón seguido ocupa unas cuantas páginas para trazar el cuadro político y social de Europa en el siglo XVI. Nunca he comprendido el porqué de esa digresión. El autor de *Romeo y Julieta* tiene un poco de escritor representativo de un estado social y no da ocasión su nombre para hablar de la Censi y de Wallenstein.

Pero a Chateaubriand le atormentaba el afán de la erudición; quería ser un escritor enciclopédico, y hallaba motivo adecuado en todos los asuntos que le servían de tema para deslumbrar al lector con lujo insuperable de citas, desde la transcripción en caracteres griegos y hebreos de los poetas de la Hélade y de Israel hasta los textos de Saint-Pierre y otros celebrados escritores. Gracias a este sistema, la edición de las obras completas de Chateaubriand, en dos tomos, que publicó la Casa Garnier, con un estudio preliminar de Sainte-Beuve, inserta en el último volumen un índice alfabético de las materias tratadas por el ilustre visconde, índice que pudiera servir de diccionario enciclopédico si el Chateaubriand erudito igualara al Chateaubriand literato y poeta en prosa.

Compárese este procedimiento de Chateaubriand y Víctor Hugo con el empleado por D. Juan Valera o Menéndez y Pelayo. En estos últimos, el caudal copioso de conocimientos de toda índole que ambos poseían, acude naturalmente y en momento oportuno a los puntos de su pluma y ameniza el relato con tal justeza, precisión y buen gusto, que quien lee no puede menos de quedar admirado y aun de envidiar la erudición verdad de los dos polígrafos mencionados. En cambio, al leer en *El Rhin*, de Víctor Hugo, la relación detallada de cuanto acaeció en el mundo durante un año determinado de uno de los primeros siglos de la Edad Media, sue-

le decir el lector con malicia: «Eso también lo hago yo, aunque no en el mismo mágico estilo del poeta, con tener a mano una Historia Universal bien hechita.»

Los conocimientos científicos, literarios, artísticos, que cada uno guarda han de acudir a prestarnos fama de eruditos en momento oportuno y sin que se esperen. De lo contrario, la erudición no será más que «a la violeta», como dijo don José Cadalso, y los más despabilados se darán cuenta en seguida de que se les engaña con una erudición ficticia.

Falso erudito es, v. gr., el que cuando va al teatro a ver un drama de asunto griego, expone ante sus amigos en el vestíbulo unas cuantas opiniones sobre Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Menandro y el teatro griego en general. Nada hay más fácil que leerse unos pocos artículos de diccionario enciclopédico y consultar una de las muchas historias de la literatura griega que hay escritas en español y francés. El que crea en la erudición del que así habla es un incauto a quien se engaña muy fácilmente. Falso erudito es también el que va de entierro y explica a su compañero de coche todas las formas de enterramientos que ha conocido la Humanidad desde la época prehistórica hasta nuestros días; el que asiste a un bautizo y «coloca» la historia de este sacramento; quien en las bodas ameniza el acto con una conferencia sobre la confarreatio, la coemptio y el usus; el que en los salones habla del Hotel de Rambouillet y de la sociedad elegante de otras épocas...; todo puede ir preparado, aprendido de memoria, para soltarlo cuando mejor parezca, y así, esta manera de erudición, sobre ser empalagosa, pedantesca y de mal gusto, no convence a nadie, por lo menos a los acostumbrados a escudriñar un poco los puntos que calza cada cual.

A la erudición puede aplicarse la misma regla que aplicó a los versos Carlos Nodier, cuando dijo:

*Le vers qui vient sans qu'on l'appelle,
Voilà le vers qu'on se rappelle,
Rimer autrement, c'est ennui.*

Claro que esto no es abominar de la erudición ni pretender que todos sean Menéndez y Pelayo.

Todo hombre, y el escritor especialmente, necesita tener cultura, haber leído mucho y tener en la memoria buena parte de lo que ha leído; pero estos conocimientos ha de aplicarlos con sentido común, oportunamente, cuando venga a qué; en manera alguna a tontas y a locas, y sólo con el fin de conquistar una fama de erudito, que no han de concederle quienes, a través de su erudición, observan su tontería. Los «tontos adulterados por el estudio», según frase atribuida a Cánovas, constituyen el grupo más insoportable de tontos.

Cuentan del famoso Padre Sánchez, aquel cura sabio y sencillo que tanto brilló en el Ateneo de Madrid hace cuarenta años, que siempre que oía a un falso erudito citar a Aristóteles, Cicerón o el Tostado, se acercaba a él y le preguntaba con mucha humildad y finura :

—¿Me haría usted el obsequio de decirme en qué obra de Cicerón o de Aristóteles y en qué parte de esa obra se halla la frase que ha citado usted? Porque estoy estudiando precisamente ese asunto, y me es de gran utilidad la consulta.

La cara de extrañeza del falso erudito así interpelado es fácil de imaginar.

Seamos, pues, eruditos de verdad, para nos exponernos a que un Padre Sánchez de nuestros días nos saque al rostro los colores.